

Prusia, como el pueblo francés. Y contribuyendo al triunfo del Estado prusiano, ningún pueblo había podido asestar un golpe tan tremendo, como este golpe á la vieja estabilidad religiosa, base de la vieja estabilidad monárquica. Con la Paz de Westfalia obra de los pueblos protestantes ayudados por Francia, la tristísima marca del Brandeburgo se trueca en una esplendente monarquía; y esta monarquía, después de haber pasado por el gran elector, se personifica en el gran Federico, filósofo y héroe á un mismo tiempo, pensador y general, estadista ó historiador, una de las mayores representaciones humanas, en toda la sucesión de los siglos. Pues, así que Federico sienta la corona en sus sienes, parte desalado en guerra con Austria; y en esta guerra con Austria, se ve auxiliado por la Francia monárquica, quien no reposa un minuto hasta destruir el viejo imperio, clave de todas las coronas europeas. Así Federico fué, no solamente un héroe alemán, Federico fué un héroe francés. Y, al llegar, en la serie larguísima de nuestras disposiciones históricas, á esta última fase del principio monárquico, estudiado por nosotros desde sus primeras fases, debemos decir que aquí, en este minuto, pasa, uno de los sucesos que más determinaron en la desgracia y muerte de Luis XVI como la desgracia y muerte de María Antonieta. Por puras convenciones personales; por puras voluntariedades dinásticas; por caprichosas intrigas y combinaciones cortesanas, el astro de la política popular francesa cambió en un minuto; y después de haber luchado con Austria, en los campos de Flandes y Holanda; después de haber luchado con Austria en la batalla de Pavía y en la batalla de San Quintín; después de haber luchado con Austria desde las orillas del Sena hasta las orillas del Denubio; después de haber luchado con Austria en la guerra de los treinta años; después de haber vencido y soterrado al Austria en la paz de Westfalia; después de haber ayudado al gran Federico en sus primeras campañas contra el Austria, cambia por completo y sella con Austria un pacto, del cual fué hipoteca y fianza la boda entre Luis XVI y María Antonieta. Nada tan impopular como esta boda, imputada por la mayoría de los franceses, á fascinaciones ejercidas por el genio de María Teresa, sobre el apocado espíritu de Luis XV. Así toda la impopularidad y todo el descrédito de tal política, recayó sobre la infeliz delfina, llamada más tarde á reina en el trono francés. Bien es cierto, que los príncipes austriacos parecían todos conjurados á una contra la persona de aquella infeliz y cuitada princesa. Los empleados traidores por ella aparecían odiosos á la corte de Versalles; la manía de Antonieta escribiendo sobre todos los asuntos á su madre, dábale aires de una dependencia exirænjera, nunca perdonada por el orgullo francés. Por su parte, María Teresa, no dejaba vivir en paz á su hija; cada día la reclamaba un servicio político, cual si en ella hubiese un ministro de relaciones exteriores, junto con un ministro de policía internacional. Siempre que María Teresa con su hija se airaba, ora porque no le prestase los servicios demandados, ora porque no le respondiese con la diligencia y el celo apetecidos por ella, reconveníala muy amargamente su madre, y estas

reconvenciones, pasaban á comidilla de la corte. Una vez que Jose II fué á Versalles, reconvinó del tal modo, con motivo de sus ligerezas á la pobre reina, que las murmuraciones y las maledicencias contra ella corrieron desde Trianon hasta el Danubio. Así cada gabinete ó cuarto, de príncipe ó princesa en la corte, aparecía como un foco de conspiración implacable contra la reina, conspiración terrible contra su autoridad, conspiración más terrible todavía contra su honra. Mucho antes la llamaron austriaca los labios de sus parientes franceses, que los labios de sus súbditos rebeldes. Y recordemos cómo, de metamorfosis en metamorfosis, llegó la monarquía representada por los capetos á sus alianzas con Austria y cómo estas alianzas le costaron la corona y la vida sin remedio, al más infeliz de todos sus vástagos, al pobre Luis XVI.

Bien es verdad que había en el pueblo francés contribuido con todas sus fuerzas al establecimiento de la república en el Nuevo Mundo, república destinada por providenciales designios á extenderse desde los lagos del azul Potomac hasta las líneas del magallánico estrecho. El combate político y religioso empeñado dentro de Inglaterra por anglicanistas, presbiterarios, independientes, repercutió en el Nuevo Mundo, y llevó allí, á sus selvas inexploradas, á sus ríos nunca desflorados, á su tierra virgen, el cúmulo de ideas allegadas por los siglos capitales de la Historia moderna, ideas, cuya esencia debió cristalizarse por fuerza y por necesidad en instituciones, progresivas por su fondo, republicanas por su forma. Fueron al Nuevo Mundo privilegiados caballeros cuando la república inglesa y su protector acosaban sin piedad al patriciado británico; fueron ciudadanos hechos á gobernarse dentro de su territorio respectivo por libres gobiernos locales; fueron sonadores filósofos aportando la utopía de una sociedad real tan verdadera en el mundo, como las sociedades ideales en el pensamiento; pero sobre todo fueron los que habían rechazado las prerrogativas y privilegios de los obispos anglicanos; fueron los que habían bebido la igualdad, la libertad y la fraternidad en las páginas del Evangelio; fueron los que se habían llamado por antonomasia santos en las montañas escocesas, lo que predicaban una república cristiana, como la que Cristo predicó por las orillas del Tiberiades y por los riscos de la reveladora montaña, donde resonó el sermón de que vive aún el espíritu moderno: ideas todas adaptables al medio ambiente aquel, porque la Naturaleza parecía tan dócil á la voluntad y al pensamiento modernos, como la cera blanda; porque la sociedad no tenía ni escombros de recuerdos, ni sombras de tradiciones; porque parecía el Universo entero un magnífico escenario trasformándose á la orden y mandato de aquellos pensadores, los cuales ostentaban juntas la profundidad de los filósofos modernos y la candidez de los apóstoles antiguos. Así puede asegurarse, que desde aquel concilio de Jerusalén, primer concilio cristiano, jamás había bajado por tan visible modo el Espíritu Santo al seno del mundo y al cerebro del hombre; que la Flor de Mayo, donde iban los peregrinos acosados por la reacción estuarda se parece al cenáculo de las actas apos-

tólicas, en que si éste reveló el cristianismo esencial, aquella lo encarnó en la realidad y en la vida. Así, todos cuantos formaron la sociedad americana, tuvieron algún viso de progreso y crearon alguna institución de libertad. Los caballeros, los más reaccionarios, llevaban el culto al Parlamento y las protestas presentadas al capricho del arbitrario protector, en defensa de las prensas y de las Cámaras; los ciudadanos llevaban el hábito salvador de gobernarse á sí mismos en gobiernos locales parecidos á verdaderas repúblicas; los filósofos llevaban á la Pensilvania todos cuantos principios de justicia reveló en su gran desarrollo la filosofía británica; pero, sobre todo, y ante todo, los peregrinos, los puritanos, los verdaderos fundadores de aquella sociedad, llevaron el Evangelio, no en dogmas religiosos, no en principios abstractos, no en ideales vagos, en leyes hechas, en instituciones prácticas, en ideales realizables bajo aquel cielo sin la más leve sombra de mentira y sobre aquel territorio sin el más pequeño escombros de reacción. Las condensaciones del ideal de tres siglos, la palabra de Savonarola y la protesta de Lutero y la escuela de Calvino y la enseñanza de Knox y la filosofía de Bacon y la Iglesia de Comwell y la república, realizáronse en el espacio, tal y como las había soñado en sus abstracciones el pensamiento. Y esta condensación de todas las ideas progresivas; este resultado de todos los esfuerzos hechos por la humanidad para ir en sus vías adelante; los consorcios de la razón y de la fe; los resultados sociales del cristianismo teórico; la república, la democracia, la libertad; todo cuanto significa una sentencia fulminada sobre la cabeza de los reyes y llamamiento dirigido al espíritu y al poder de los pueblos, todo fué amparado por aquellos dos seres que debían resultar á la postre sus principales víctimas, por los reyes franceses, fundadores con Carlos III de nuestra España, del régimen republicano en América. Las bayonetas francesas no pudieron ir á derribar una corona tradicional sin deslustrar todas las coronas europeas. Los emisarios sajones como Franklin, arribaron á la corte versallesa vestidos de cuáqueros, y lanzaron la electricidad revolucionaria en las más altas cumbres y eminencias sociales. Lafayette no pudo volver victorioso de la monarquía británica á amigo del primer presidente de la republicana sajona, sin que su paso dejara estelas de luz en el suelo y sin que su palabra dejara ecos de ideas en los espíritus, republicanizando así, mal de su grado, y contra su propia voluntad y pensamiento, la nación francesa. Los Reyes, Antonieta y Luis XVI, no debieron recombenir á nadie por la suerte suya, preparáronla en el bofetón dado á la mejilla del soberbio y legítimo Papa católico que se llamó Bonifacio XVI, en el cautiverio de Aviñón, en el licenciamiento de los templarios y de los jesuitas, en el apoyo de la democracia holandesa, en el combate por los pueblos luteranos de Alemania, en la guerra implacable al imperio austriaco y á la monarquía española, en el establecimiento aquí de la Paz Westfaliana y en el apoyo allá de la república sajona. Los Reyes fueron, pues, víctimas de su propia obra y reos de su propio pensamiento.



CAPÍTULO SEXTO

Las monarquías europeas rotas por la Francia republicana.

ESTE mes de Septiembre del año noventa y dos aparecerá en los anales del mundo por siempre como un mes genésico y creador. La Francia republicana, venció en el transcurso de sus días á la Europa monárquica. Roto el grande código de los pactos y transacciones entre la monarquía y la democracia; disuelto el Congreso legislativo por su propia voluntad; arrojado el último representante de los capetos de la torre del Temple; no constituía la Convención todavía; llegando los diputados de los cuatro extremos del horizonte sin género alguno de consigna; Francia, por tal modo viera en sí, de sí, para sí, como una entidad completa y superior, que sus ejércitos la obedecieron como viejas máquinas de antiguos poderes; y sus enemigos huyeron desbandados al eco de su prestigioso nombre y al resplandor de su inmarcesible gloria. ¡Cuál entusiasmo en las filas francesas al pie de la colina Valmy! Faraones más protervos que los egipcios; carros de guerra más terribles que los anegados en las hirvientes aguas del mar Rojo; caballos y caballeros quedaron allí rotos y deshechos en la última república como los tiranos de la primera quedaron deshechos al pie del Sinaí, donde relampagueaba y tronaba el nuevo ideal de los pueblos. Hurras estruendosos despedidos por los pechos republicanos triunfantes; banderas tricolores despertando en los mismos que las combatían el entusiasmo por la libertad; gorros frigios puestos sobre las bayonetas relucientes; himnos que hacían semejar aquellos ejércitos á un coro gigantesco y titánico, demostraron cómo allí moría la socie-